



LOS DOS SENDEROS

Por Claudio Dossetti

Los Sagrados *Upanishads* nos enseñan en diversos pasajes, y de distintos modos, que en nuestra vida podemos tomar dos senderos: el que nos lleva hacia el exterior, es decir, hacia el reino de los sentidos, y el que se dirige hacia nuestro interior, es decir, hacia el santuario de nuestro propio corazón, morada eterna del Divino Señor.

Por ejemplo, en uno de los versos del *Kena Upanishad* leemos que el Dios Yama brinda la siguiente enseñanza a su discípulo Nachiketas:

“El Supremo Señor auto-existente causó una herida a los órganos de sensación, creándolos con una tendencia hacia lo externo; es por ello que un hombre percibe con los sentidos solamente los objetos externos, y no su Ser Interior. Sin embargo, una persona serena, que anhela la Inmortalidad, contempla a su Ser Interno con los ojos cerrados.”¹

¹ *Kena Upanishad II, i, 1*, traducción de nuestra Maestra Espiritual, Ed. Hastinapura.

La primer parte del verso nos habla del camino que nos lleva hacia el mundo de la diversidad y el cambio, mientras que la segunda parte hace referencia al sendero interno y espiritual.

Debido a que nuestros sentidos tienen “una tendencia hacia lo externo”, por el solo hecho de abrir nuestros ojos, o escuchar algo, salimos inmediatamente hacia el mundo que nos rodea, y como consecuencia de ello nuestra mente —que es muy maleable— toma la forma de aquello que ve o escucha.

A su vez, como todos los objetos se caracterizan por tener algún nombre (*Nama*) y alguna forma (*Rupa*), nuestros pensamientos adoptan dichos nombres y formas como si fuesen su propio cuerpo.

Y de allí resulta que todo cuanto conozcamos o creemos conocer con los sentidos y la mente no sea otra cosa que nombres y formas, las cuales, según nos enseñan también los *Upanishads*, son una ilusión, al igual que un espejismo en el desierto, y son cambiantes y pasajeras como las olas del mar. Es por ello que se dice metafóricamente que los sentidos adolecen de una “herida”, la cual no es otra que el dolor nacido de la lejanía de Dios.

Así, los cuerpos físicos de los seres que nos rodean con sus diversos aspectos y sus distintos nombres, la energía vital que los vivifica y a la cual llamamos *Prâna*, los pensamientos, el intelecto y aún los sentimientos más sutiles y bienaventurados,

todo ello se halla comprendido dentro de lo que la *Vedânta* llama *Upâdhis* o envolturas ilusorias.

Cuando esto sucede —que es lo que nos ocurre casi a todos los seres humanos durante casi todo el tiempo—, al ver una flor percibimos su forma, su color y su perfume, y entonces decimos: “¡Qué bella flor, y qué perfume tan delicado tiene!” Al ver, durante una noche serena y libre de nubes, el cielo estrellado exclamamos: “¡Cuántas estrellas tan brillantes refulgen en la bóveda celeste!” Al contemplar un atardecer expresamos nuestro sentimiento diciendo: “¡Qué momento tan apacible y qué maravillosa gama de colores se despliega sobre el cielo próximo al horizonte!”

Todas esas expresiones son buenas, son bellas y enaltecedoras de nuestro ser, ya que con ellas estamos alabando la manifestación divina. Sin embargo, a menudo... como dice nuestra Madre en una de sus sagradas canciones devocionales: “de Dios nos olvidamos”.

Y este olvido de lo Divino radica en gran parte en que vemos las cosas, la variedad, los objetos, los diversos seres, etc., pero por alguna razón no llegamos a percibir la Divina Esencia que reside en el corazón de esos seres. En otras palabras, vemos los cuerpos con los cuales Dios se recubre, pero nos hallamos lejos de percibir a Dios Mismo que reside en su interior.

Es entonces cuando el verso mencionado del *Upanishad* nos muestra el segundo sendero, el camino divino, y así nos dice que “una persona serena, que anhela la Inmortalidad, contempla a su Ser Interno con los ojos cerrados”, es decir, lo percibe residiendo dentro de su propio corazón.

“Con los ojos cerrados” significa “con la mente y los sentidos recogidos”, esto es, con la mente serena y posada, con devoción, a los Pies del Divino Señor. La expresión también nos indica cómo ha de ser el modo de vida espiritual, una de cuyas características es el evitar contactar en demasía con el mundo circundante y abocarnos con mayores fuerzas a la reflexión sobre las cosas eternas de las cuales nos hablan los Libros Sagrados y una y otra vez nos recuerda nuestro *Guru*.

* * *

Nos enseñan los Sabios y los Santos que cuando la mente se aquieta, cuando *Bhavana* o sentimiento divino se acrecienta en nuestro corazón, cuando oramos y meditamos con asiduidad, cuando otorgamos mayor tiempo a estar en cercanía con lo divino, de algún modo el velo de la ilusión se va debilitando y se va haciendo más tenue y transparente, y así, poco a poco vamos viendo la Luz de Dios que brilla detrás de él.

Y luego, con el tiempo, y si el Señor así lo dispone, veremos brillar esa Luz de Dios no sólo en nuestro propio corazón, sino también en el corazón de todos aquellos que nos rodean. Los

nombres y las formas ya no nos parecerán tan reales ni tan importantes, y comenzaremos a otorgar más y más valor a aquello que en verdad es Real, es decir, al Divino Señor.

Paulatinamente las diferencias entre los seres se irán diluyendo, y sólo permanecerá Dios, la Realidad. Es entonces cuando percibiremos la Bondad y la Bienaventuranza Divina por doquier, tanto dentro como fuera de nosotros.

Acerca de esto nuestra Madre nos ha enseñado una sentencia de Teófano el Recluso que nos dice:

“Con la oración incesante todos los hombres comienzan a parecernos buenos, y de esta transformación del corazón nace el amor universal por todos.”

Con respecto a la vida espiritual, también es bueno recordar aquí la importancia de lugares especialmente adecuados para el cultivo del recogimiento, la oración y la divina contemplación, tales como los Monasterios, Conventos y *Ashrams*, donde las actividades consagradas al Señor y el entorno religioso contribuyen para que en nuestro interior se eleve un sentimiento duradero de comunión con Dios. De allí la gran importancia que nuestra Madre le otorga al Monasterio Bhakti, el cual se está construyendo dentro del predio de nuestro sagrado Centro Pedagógico Tukaram, y que será, si Dios lo permite, un sublime y universal lugar de devoción, oración, silencio y meditación.

¡Quiera Dios que cada día podamos viajar siquiera unos breves momentos hacia el santuario de nuestro corazón, donde siempre nos espera el Divino Señor!

¡Quiera Dios que podamos ser constantes y perseverantes en nuestra búsqueda de Dios!

¡Que a través del recogimiento y la meditación tengamos mayor paz en nuestro interior, y así, brindemos mayor paz a nuestro semejantes!

Om. Paz, Paz, Paz.

*Por el Prof. Claudio Dossetti
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
